

**El rostro de un tiempo.**

**Slavoj Žižek**  
(Liubiana, 1949),  
fotografiado la semana  
pasada en Madrid./  
ANTONIO HEREDIA

por dónde pisamos.  
**P.** ¿Y en la política española?  
**R.** Incluso siendo admirador de Podemos, lo que me molesta es este discurso de: «Olvidémonos de la ideología y escuchemos los verdaderos problemas de 'la gente'». Bien, yo desconfío bastante más de «la gente». Al contrario que Podemos, no creo que «la gente» sepa lo que quiere. No pretendo decir que los intelectuales lo sepamos, porque a menudo somos más estúpidos. Tal vez soy demasiado idealista, pero España sois uno de los puntos luminosos de Europa, en el sentido de que habéis evitado este horror del racismo y los movimientos anti-inmigración.

**P.** Hasta ahora.

**R.** Ya, pero hasta ahora lo habéis hecho relativamente bien. Por hablar de ello en mis textos he sido atacado en mi país, una vez incluso casi físicamente. El nuevo *Eje del Mal* se está formando en Europa: los países post-comunistas.

**P.** Ha mencionado un tema espinoso: la inmigración.

**R.** Una de las cuestiones que me preocupa es cómo ser

«INCLUSO SIENDO  
ADMIRADOR DE  
PODEMOS, NO  
CREO, COMO ELLOS,  
'QUE LA GENTE'  
SEPA LO QUE  
QUIERE»

pro-inmigración en estos días. Muchos izquierdistas abogan por el simplismo: abramos las fronteras y ya. Pero con toda esa derecha anti-inmigración en el poder en Europa, los problemas tenían que haberse resuelto con anterioridad. La catástrofe está en Siria, en Yemen. Deberíamos actuar antes. Y creo que este *humanitarianismo* es asqueroso. Porque quienes están en el poder en Europa Occidental han tenido éxito en llevar el conflicto hacia los pobres: Las clases obreras están en contra de los inmigrantes y los ricos pueden jugar a ser *humanitarios*.

pero de lo que se trata es de transformarlo». Creo que hoy Marx diría: «En el siglo XX intentamos cambiar el mundo con demasiado afán. Ahora deberíamos echarnos atrás e interpretarlo más». Lo cual es verdad. No sabemos

**María Kodama. Un volumen reúne los libros esenciales de la biblioteca del autor de 'El Aleph', con sus anotaciones y las huellas de su voracidad lectora**

“BORGES FUE HUMILDE, COMO SON LOS SERES LIBRES”

POR ANTONIO LUCAS MADRID

Borges, que imaginó el paraíso bajo la especie de una biblioteca, hizo de la literatura una casa propia. De la literatura, más que de los libros. La magia estaba en las palabras, en los idiomas, en las combinaciones que acepta una frase en la que puede estar contenida la arena infinita del desierto, la luz de todos los ocasos, el agua de cualquier océano, la pregunta esencial a la que sólo el misterio o la alquimia pueden dar porqué y respuesta.

Borges hizo su literatura de literatura. Leyó con insistencia a un puñado de imprescindibles (Virgilio, Homero, Dante, Quevedo, Blake, De Quincey, Melville, Conrad, Dickens, Kipling, Cocteau...), pero también mucha filosofía (Spinoza era uno de sus dioses verdaderos) y otros tantos ensayos sobre religiones. Se refería a la lectura como felicidad y a los autores necesarios como amigos. Y algunos de esos ratos y algunos de tantos cómplices de expedición están reunidos en un hermoso volumen, *La biblioteca de Borges*, de Fernando Flores Maio y publicado por Paripébooks. Sus ediciones anotadas, su insistencia en tres o cuatro, creadores, sus caprichos de lectura. Es algo así como una carta náutica hecha con las rutas de otros.



María Kodama, viuda de Jorge Luis Borges, ayer en Madrid. ALBERTO DI LOLLI

Su forma de leer era parecida a salir de cacería con la ansiedad de encontrar en la batida algo exótico. Borges acumuló más lecturas que libros. Algunas extraordinarias. Es fácil seguir el rastro de su expedición por los prólogos que puso a esas obras que le fascinaron. «Al cabo de los años, un hombre puede simular muchas cosas pero no la felicidad». Él la encontró a rachas en su escogida biblioteca, que de algún modo lo justificaba como escritor.

«Borges no tuvo más de 3.000 volúmenes. Algo más de 1.000 los donó a la Biblioteca Nacional de Argentina cuando dejó el trabajo como director, después de 18 años al frente. Buena parte de los libros que manejó a lo largo de su vida venían

heredados de su abuela inglesa», explica María Kodama, viuda del escritor, cómplice de cientos de horas de lectura en los años en que la vista ya no le dejaba ver más que nada. «Manejaba por igual el inglés y el español. Es más, de niño no los diferenciaba como idiomas sino que los entendía de un modo singular: uno era la forma de hablarle a su abuela y el otro de comunicarse con sus padres».

Muchos de sus libros estaban anotados, igual los poemas de Browning que una edición del Corán. Lo mismo la Biblia que un tratado de magia. En cualquier caso, ante los libros sagrados su interés es literario. Borges no tenía propensión al soborno del cielo. «Su curiosidad era grande», dice Kodama. Y

de algún modo a partir de esa forma suya de buscar también lo extraño enseñó a leer de otro modo a varias generaciones. Borges tuvo algo de autor que quiso ser secreto, casi como algunos seres que rondan por sus libros. Pero no leía sólo para ensanchar su propia catedral literaria, sino con una cierta humildad altiva, con algo de generosidad de hombre con mejores lecturas que casi nadie. (Hasta consiguió que el tango sonase a literatura). «La humildad es propia de toda persona libre, porque sabe dar la libertad a los otros. El que esencialmente no lo es trata de imponer su voluntad», dice Kodama. Esa es la base también de la pasión de Borges». Sedito de saber lo que Dios sabe. Es decir, lo que sabe un libro.